

Teoría
e idea de la historia
en
Alberto Edwards Vives

MANUEL ZAMORANO G.

Introducción

El texto que sometemos a la consideración del lector es parte de un trabajo de investigación mayor realizado por Manuel Zamorano González, bajo la dirección de Héctor Herrera Cajas, el que su autor presentó como memoria para titularse de Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Valparaíso, en 1961, y que denominó "Teoría e Idea de la historia en Alberto Edwards Vives".

Manuel Zamorano fue alumno de la primera promoción de la Escuela de Historia y Geografía de la Universidad Católica de Valparaíso —hoy Instituto de Historia— y posteriormente, gracias a sus destacados méritos intelectuales y académicos, profesor de la mencionada Escuela en la cátedra de Historia de Chile. En 1962 estudió en la Universidad de Sevilla bajo la tutoría intelectual de Manuel Giménez Fernández. De regreso al país se desempeñó como Jefe del Departamento de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso, cargo que ocupó hasta su trágica muerte el 6 de noviembre de 1969, cuando aún no cumplía 40 años.

Tuve el privilegio de escuchar las clases de Manuel Zamorano y de trabajar como ayudante de la cátedra que él dirigía. Le recuerdo rápido y certero en la idea, agudo al desentrañar los más diversos problemas de la ciencia histórica, de imaginación viva y pintoresca y con una enorme capacidad para vulgarizar los más abstractos conceptos y acomodarlos a entendimientos menos perspicaces que el suyo. Todo mostraba en él al buen depositario de la ciencia, interesado nunca en lucirla y siempre en comunicarla a sus jóvenes oyentes.

Su insólita y trágica muerte, en vísperas de viajar a España a presentar su tesis de grado, privó al país de un promisorio historiador.

Dimensión Histórica de Chile presenta parte de su trabajo inédito, lamentando por motivos de espacio no publicarlo íntegramente. Estimamos que, no obstante la necesaria mutilación, el Capítulo III y las Conclusiones —que se ha elegido— constituyen una contribución importante a la historiografía chilena, al rescatar un obra que mantiene su vigencia a pesar de los años transcurridos desde su elaboración y de los estudios aparecidos desde entonces.

En el estudio se desvirtúa el lugar común de que Edwards escribe sobre la base de puras intuiciones y se señala que sus escritos, por tener el carácter de artículos periodísticos, no permiten mostrar el aparato crítico documental, lo que no significaba que desdeñara “la investigación, el dato, la fijación de los hechos”. Zamorano destaca muy bien la capacidad que tiene Edwards de convencer “al lector que reclama algo más que la crónica” y de satisfacer a aquél que busca en la historia “la recreación del espíritu”, como también la simple deformación. Zamorano muestra simpatía por la obra de Edwards, lo que no implica que su análisis esté exento de críticas a la comprensión que tuvo del pasado el autor de “La fronda aristocrática”. Sin embargo, la investigación arroja un balance positivo respecto de Alberto Edwards, ya que después de su lectura nos queda la imagen de un historiador “sugereante, enjundioso, asequible, rendido a quien intente penetrarlo”.

SANTIAGO LORENZO S.

Idea del historiador Alberto Edwards V.

I. SU MÉTODO HISTÓRICO

A. Presentación.

● A. Edwards no escribió una obra ni tampoco un artículo especial sobre teoría de la historia que contuviese de modo sistemático su concepción de la historia.

Por ello, analizar su pensamiento histórico implica dos tareas: descomponer la serie de sus escritos, reuniendo en un solo haz las afirmaciones y juicios que la historia y la tarea del historiador le merecieron y luego conformar una idea general que responda bien al pensamiento edwardiano.

Si el hecho antes indicado pudiera constituir un inconveniente para cumplir con eficacia el propósito que nos hemos propuesto, no es menos cierto que tal situación nos permite una mayor libertad para modelar a A. Edwards a nuestro amañó y a la vez aplicar un método con toda la amplitud como sea posible al no estar sujetos al imperativo de la materia. Por lo demás extraer afirmaciones, como perdidas en medio del relato es tarea siempre agradable sobre todo cuando éstas resultan de una autoexigencia que se hace el autor en su propósito de modificar una concepción,

imponer su criterio, arrepentirse de un hondo remordimiento y cumplir con un objetivo social.

¿Qué entendemos por tener método histórico?; la interrogante dice tanto como averiguar por la formación del historiador, por su personalidad, por la actitud que muestra ante el mundo y las cosas; por la inteligencia con que se plantea la realidad presente y la pasada, por la hondura cómo intuye el futuro; en una palabra, averiguar por el mundo del historiador. A simple vista tal inquisición es asaz complicada, pero al cobrar concreción se hace factible y posible de definir; la cuestión se resuelve en averiguar por el modo cómo trabaja el historiador, la forma cómo maneja las fuentes y provecho que de ellas obtiene, la visión que se forma de aquel pasado que le merece su atención especial.

Veamos cómo nuestro autor se planteó esta función primera en su tarea de historiador.

Ya decíamos más atrás que el pensamiento de Spengler repercutió muy fuerte en él; la aplicación del método analógico, sobre todo, destaca como una de las más serias influencias recibidas del intuitivo pensador alemán, resultado de la consideración de que las culturas son como seres biológicos, sujetas a las mismas fluctuaciones y contingencias que experimentan los seres vivos: entender el curso de la historia implica en mucho descubrir la vida humana.

es que sin querer —nos dice—, al estudiar una vida humana, tenemos a la vista muchas vidas humanas y conocemos por experiencia y analogía lo que hay de común en todas ellas. Sin esas nociones al parecer tan triviales, el hombre sería incomprendible... Es precisamente ese análisis comparativo lo que nos ha hecho falta en historia¹.

Y agrega, en las últimas páginas en las que comenta la obra de Spengler, que,

su doctrina ofrece a lo menos una explicación de muchos fenómenos en apariencia contradictorios y abre un horizonte muy vasto a la historia filosófica, con su brillante concepción de las culturas y de las etapas homólogas en su devenir. Este sistema nos permite introducir la analogía en la historia y contemplar en conjunto y a lo lejos fenómenos semejantes al movimiento que nos lleva y que por lo mismo comprendemos mal².

¹EDWARDS, A. *La Sociología de O. Spengler*, p. 330.

²*Ibidem*, p. 344.

Tal método lo vemos aplicado particularmente en la Fronda y asoma igualmente en todos los artículos escritos luego que conociera a Spengler³; parece que los fundamentos de la teoría spengleriana le hubiera dado alas para romper los límites de la historia nacional y superar la larga tradición historiográfica chilena, caracterizada por el apego al dato que pesadamente se imponía al pensamiento y criterio del historiador. Si nos detenemos a comparar la inspiración historiográfica de la Fronda con la de cualquiera de las obras escritas en el siglo XIX y el primer cuarto de este siglo percibimos una diferencia sustancial y una gran distancia entre ellas; la explicación la hallamos en el método seguido para "hacer historias" así como en la personalidad de sus autores. Mientras Barros Arana, por ejemplo, que expresó toda una concepción historiográfica para justificar su sistema, difícilmente consiguió, sin embargo, convencer al lector que reclama algo más que la crónica⁴; Edwards, por el contrario, sin exponer implícitamente el mejor modo de acercarse al pasado no tan sólo satisface a aquel que busca en la historia la recreación del espíritu sino también a quien quiere la simple información, satisfacción que ocurre por el modo vigoroso con que A. Edwards ha enlazado los acontecimientos conforme a una estructura implicate y complicada.

El empleo del método analógico explica que nuestro autor haya planteado en la historia nacional una problematicidad que corresponde en sus líneas generales al desarrollo que toman los acontecimientos de la historia europea y haya querido aplicar a la evolución política chilena estadios semejantes a los que observaba en el mundo cristiano occidental. Así parecen indicárnoslo sus afirmaciones acerca de la quiebra del Parlamentarismo liberal para dar cabida a las fórmulas de gobierno autoritario, hecho que ocurre —recuerda— tanto en Europa como en nuestra propia historia, aun cuando no coinciden cronológicamente.

Pero no se crea que escribía historia sobre la base de puras intuiciones⁵; la analogía para él sólo era un medio, un instrumento, para comprender los acontecimientos del pasado en cuanto que el hombre se manifiesta con actitudes semejantes ante incitaciones parecidas; no desdeñaba la investigación, el dato, la fijación de los hechos como queda tan claro cuando nos dice que

³No queremos decir con esto que el pensamiento de Spengler haya concurrido a dar conformación total a la idea de la historia que tuvo A. Edwards; nuestro autor, si bien recibió influencias, mantuvo, sin embargo, su propio genio.

⁴Barros Arana ha tenido, entre nosotros, un concepto de la historia tal vez el más elevado. Sólo que la teoría no siempre la concretiza acertadamente.

⁵Por mucho tiempo ha imperado entre nosotros el convencimiento de que la mejor historia es la que va acompañada del mayor número de pruebas documentales. La historia que no cumple con tal requisito es tenida por falsa.

el objeto de la historia es conocer los acontecimientos tal como ellos ocurrieron y en su verdadero carácter⁶.

o como cuando critica acerbamente a aquellos historiadores que, por preocuparse en demasía de su presente, a objeto de hacer de la historia una escuela de civilidad, buscaban en el pasado una afirmación o argumentos con qué sostener su propia causa.

Estuvo hace años de moda —dice— cierta escuela de historia filosófica que pretendía, no sólo investigar y comprender los hechos del pasado sino también juzgarlos con el criterio del presente. La manía de filosofar sobre historia hizo también que con frecuencia se desdeñase el estudio de los hechos mismos: lo esencial era encuadrar los acontecimientos en un sistema lógico de causas y efectos, y tanto peor para la historia cuando la realidad no se conformaba con el plan imaginado⁷.

No es difícil determinar los nombres de aquellos a quienes va dirigido este reproche; principalmente a José V. Lastarria y los representantes de la escuela liberal, para quienes la historia era como el espejo donde debían mirarse los hombres, y el pasado, fuente de hondas cavilaciones, ejemplo de negación y afirmación que, enlazado al presente, desprendía siempre y sólo consideraciones que afincaban precisamente en lo que se afirmaba; así fácilmente podía caerse en el error de escribir una historia que si tenía filosofía escasamente contaba con el respaldo que da el manejo amplio de los hechos y el conocimiento de la realidad, aun cuando ella estuviese ambientada con las apariencias de la historia europea. Precisamente allí radica la diferencia que encontramos entre A. Edwards y los historiadores chilenos salvo excepciones; el método analógico no significa ni implica desconocer la realidad, pasar por sobre los hechos, hacer crítica histórica, desdeñar lo que no parece ser y aceptar aquello que probablemente sea; por mucho que pueda ayudar el conocimiento de la historia de otros pueblos y el entendimiento de materias que dicen relación con el hombre poco se adelantará si la historia que quiere estudiarse no se la recrea desde su propio ambiente porque

cada época tiene su estilo, sus creencias, y el historiador, al revés del publicista, debe limitarse a tratar las ideas como hechos del orden moral⁸

⁶EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática* p. 63.

⁷*Ibidem*, p. 28.

⁸*Ibidem*, p. 46.

y sólo puede el arte tener vida original y propia, cuando refleja el ambiente en que se desarrolla. Los escritores de la época pipiola no pudieron ni supieron inspirarse en Chile; su manera y su estilo fueron, como sus doctrinas, plantas exóticas, pésimas imitaciones del filosofismo francés del siglo XVIII.

Con el nombre de "Historia de Chile" escribían una imitación europea, aplicando inconscientemente a nuestro país los conflictos espirituales o de intereses que agitaban al viejo mundo desde el principio de la Revolución Francesa⁹.

En verdad diríamos que A. Edwards es hombre que muestra gratísima inclinación por los hechos; es hombre realista que quiere confirmar cada juicio indicando el testimonio que venga a dar realce a la intuición y a poner término a la duda. La forma como él escribió historia —a través de artículos periodísticos casi siempre— no le permitió mostrar el aparato crítico documental que acompaña a las obras de investigación monográfica, pero mal haríamos si creyésemos que no hay en él la conciencia de estar en posesión del hecho aún más oscuro de nuestra historia política¹⁰; aun cuando

no pretendo hacer crítica histórica (quiero reclamar que) en historia, como en las demás ciencias es indispensable dar a las cosas su verdadero nombre¹¹.

pues

no toca a la historia pronunciarse sobre las doctrinas filosóficas, o políticas ni mucho menos predecir el porvenir: su tema son los hechos producidos¹².

¿En qué medida la materia histórica, los hechos producidos, se impuso a su conciencia de historiador?, ¿o es que el espíritu, a pensar de proclamar el conocer los acontecimientos tal como ellos ocurrieron traicionó una concepción tan claramente definida en lo teórico?; importa mucho contestarse a estas preguntas porque ellas nos dan la pauta para caracterizarlo

⁹EDWARDS, A. *Don José Joaquín Vallejos*. p. xix.

¹⁰Los capítulos que forman el libro *El Gobierno de don Manuel Montt* difieren de este sentido del resto de sus obras. Aquí se observa aparato documental, aunque nunca en la proporción como acostumbraban hacerlo los historiadores de la escuela tradicional.

¹¹EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática*, p. 16 y 301.

¹²*Ibidem*, p. 244.

según nuestro propósito. El creía firmemente que la historia es una ciencia y que el objeto de ella era conocer el pasado humano en su forma más real y prístina; sin embargo tenía conciencia que este propósito no siempre podía cumplirse; la historia quiere encontrar al hombre y bien sabía nuestro autor que nada hay más difícil que manejar a éstos; el propósito de ir al pretérito para conocer los hechos tal como han sucedido.

resulta a veces bastante difícil, porque inconscientemente el espíritu tiende a interpretar el pasado por el presente y a establecer así analogías espirituales erróneas entre épocas y problemas muy diversos¹³.

¿Hay pues alguna conciliación entre teoría y realidad? A. Edwards muestra ante esta verdadera antinomia para los historiadores la sagacidad que lo caracteriza cuando trata los problemas políticos chilenos; salva la situación con la elegancia propia de su pluma y nos da una verdadera norma con que valerse cuando el historiador, impulsado por el espíritu, es contenido por la materia histórica, por el carácter de ciencia que se reclama a la historia.

Si he acometido la tarea de allegar algunos materiales al conocimiento de nuestra verdadera situación política lo hago sin propósito alguno preconcebido; quisiera, aunque ello no es posible, limitarme a la simple enunciación de hechos que no pudieran ser por nadie negados, dejando al lector deducir las consecuencias. Tengo convicciones arraigadas y bien definidas, pero quisiera olvidar que las tengo¹⁴.

B. Discusión

● Hemos presentado el pensamiento de A. Edwards en un aspecto bien determinado; queremos poner atención particularmente en tres ideas que asoman allí con mayor nitidez, y que, por lo mismo, ofrecen abonada materia para discutir las. Esas ideas son: el aceptamiento y el empleo del método analógico así como el estudio comparativo de la historia como medio más eficaz de comprensión, diríamos sin más que nos encontramos en frente de un historiador biólogo en el estricto sentido del término; la afirmación de la objetividad en historia con su pretendida aspiración de llegar a recrearse el pasado tal como ha acontecido aun cuando cree que no siempre es posible cumplir acabadamente con tal propósito; hay pues

¹³*Ibidem*, p. 63.

¹⁴EDWARDS, A. *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, p. 11.

un asomo de subjetividad o por lo menos aceptamiento implícito de que el pasado está condicionado por el presente; la afirmación de que la realidad histórica es siempre una situación concreta y que hay una individualidad en el actuar de los pueblos que los define y los identifica a sí mismo hasta el punto de que el entendimiento del pasado sólo es posible si se estudia el ambiente propio en donde han ocurrido los sucesos que se quiere conocer.

De las tres ideas las dos primeras especialmente merecen nuestra atención porque, de alguna manera, la última se incorpora a ellas en un tratamiento global de esa problemática enunciada por nuestro autor. Entremos, previa esta aclaración, a hacer algunas consideraciones que tocan la idea que hemos presentado.

Como decíamos en páginas anteriores, nos encontramos ante la presencia de un pensador que ha aplicado a la historia un método que cae en el dominio propio de las ciencias naturales; la analogía y la comparación. No importa mucho aquí discutir el valor de tal método sino fundamentalmente fijar el alcance que una cierta técnica puede tener como elemento fiduciario por el historiador y el grado como éste se ve condicionado por aquél; creemos, por lo demás, que siempre, de una manera u otra, por el especial carácter que toma la ciencia histórica, hay asomo de la analogía en ella así como en toda ciencia; la salvedad no está en si se emplea o no sino en determinar la medida y cómo es utilizada y al tipo de conocimiento que quiera obtenerse: su alcance en el autor y su validez para nosotros; todo depende del propósito, la meta fijada.

Anotábamos en la Introducción que la historia exige a sus cultores además del empleo del método —siempre tan necesario— una extra capacidad intrínseca a su ser y que no depende sino de su propio yo; indicábamos además que “la historia es inseparable del historiador”. Con ésto queríamos indicar que el historiador en su tarea va a una realidad histórica con el propósito de llegar a un conocimiento histórico, objetividad y subjetividad respectivamente, pasado histórico articulado potencialmente desde un presente que conduce a una interpretación y una estructuración con su consiguiente visión de conjunto de ese pasado.

De acuerdo con esto ¿cuál es el alcance que tiene el método histórico en el historiador?; antes de contestarnos a esta pregunta hagámonos otra que nos ayudará, en grado sumo el esclarecimiento de aquélla; ¿puede una técnica historiográfica aprenderse de acuerdo a normas metodológicas dadas por el maestro? Que otro con mayor sapiencia y experiencia que nosotros responda; la cita con ser larga no deja de ser esclarecedora: “Puede iniciarse el discípulo en el manejo externo de la técnica: dice Meyer, pero lo fundamental, que es la captación interior de la materia, el conocimiento del problema histórico y el descubrimiento de su solución, eso tiene que ponerlo el propio investigador, como su obra. El maestro puede guiar, mostrando como trabaja él, esforzándose por sugerir al

discípulo el problema y el camino hacia su solución; lo que no puede enseñarse a nadie es cómo se hace una obra histórica, pues ello equivale a querer enseñar cómo se descubre una idea filosófica o una ley natural, cómo se convierte un bloque de mármol en una obra de arte o cómo se combinan los sonidos para componer una melodía... la práctica del historiador se ajusta a sus propios preceptos inmanentes, que la misma materia se encarga de imponer a quien la modela. La experiencia progresiva nos ofrece una serie de reglas y manipulaciones en cuanto al modo de manejar en cada caso esos preceptos, de conducir la investigación y elaborar sus resultados, reglas que son precisamente las que resumimos bajo el nombre de método histórico. Podemos formularlas teóricamente; pero caería en un grave error quien se dejara llevar de la quimera de considerarse un historiador por el simple hecho de habérselas apropiado, entendiéndose que el tratamiento científico de la historia puede aprenderse teóricamente y plasmarse en los párrafos de una metodología"¹⁵.

El párrafo es demasiado claro como para hacer un comentario al margen; el método sólo es medio auxiliar y su mayor o menor beneficio depende de esa extra capacidad que pedimos al historiador y que condiciona todo feliz resultado en su tentativa de encontrar en el pasado una explicación satisfactoria de los problemas que quiere resolver; el método vale por el espíritu que lo maneja; la técnica historiográfica está al servicio del historiador y es directamente proporcional a él, condicionada y no condicionante. Pero habría que preguntarse concretamente por el alcance que da A. Edwards a tal método y responder por la rigurosidad cómo lo ha utilizado. No se le escapaba que la analogía tiene su límite y que lo que condiciona tal método es precisamente la individualidad y concreción de los acontecimientos; los hechos pueden tener mucha semejanza entre sí pero ello no quiere decir sin más que sean absolutamente iguales; los sucesos tienen su circunstancia especial que les dan fisonomía propia y que los distinguen de otros sucesos.

El pasado no lo podemos traer al presente en su total identidad, en su exacta realidad, ni podemos reconstruirlo según su arquitectura interna cual existiera cuando adquirió presencia real; a lo más que podemos llegar es a una recreación en un sentido ideal, en una estructura que conformamos desde nuestro presente y según nuestras apetencias. Así nuestro autor ni ha aplicado el método con la rigurosidad que parece desprenderse de la enunciación del postulado ni tampoco pudo verificar el propósito de conocer los hechos tal como ellos han acontecido. ¿Por qué? diríamos debido a las propias condiciones como se da el conocer histórico y las características que acompañan el conocer humano en general.

Superadas las pretensiones de llegar a un conocimiento histórico obje-

¹⁵MEYER, E. *Sobre la teoría y la Metodología de la Historia*. p. 3.

tivo mediante una objetivación podemos hoy reclamar para nuestra ciencia la subjetividad que acompaña todo trabajo que persigue ante todo una comprensión, siendo ésta sólo posible —como muy bien anota Marrou— cuando se llega al descubrimiento del hombre por medio del tratamiento igualmente comprensivo del documento¹⁶. ¿Hay en toda esta operación asomo siquiera de la pretendida objetividad? Indudablemente que no ¡cuán lejos estamos hoy del positivismo que rechazó la filosofía en historia porque creyó que conducía más a la tergiversación de los hechos y al descrédito del documento que a ayudar en la tarea histórica! Toda la operación del conocimiento histórico quiere reclamar el aceptamiento de la subjetividad: desde la selección del material, el planteamiento de los problemas con los que se va al pasado son expresión de la preocupación o un tomar conciencia del presente; el diálogo mismo con el otro sólo es posible si el sujeto cognoscente toma la iniciativa y orienta la conversación. La historia siempre es pregunta y respuesta, pero más que diálogo diríamos que es cuasi diálogo en cuanto que el documento sólo es complemento pasivo de quien indaga y hablará tanto como se le haga hablar, en la medida de esa extra capacidad inquisitiva del historiador.

El historiador no se nos presenta como un sujeto pasivo, mero anotador y registrador de la verdad histórica; todo lo contrario, lo histórico se nos aparece como expresión de un espíritu creador que modela, estructura el pasado de acuerdo a su modo de ser, de pensar, de sentir; de acuerdo a su visión del mundo. Siempre la historia resultará ser más expresión de la labor de una personalidad concreta y definida, que manifestación de un pasado real. La historia no es reproducción y enunciación de los hechos del suceder histórico; es inteligencia del pasado, es sentido y es esencia, pero pasado que en la mente del historiador si no llega a ser otra cosa, no es menos idéntico así porque es modificado en su ser, conformado conocido y comprendido en cuanto nuestro presente y en cuando ha sido pasado.

Pero el aceptamiento de la subjetividad no implica dejar vía libre a la imaginación, a la intuición exagerada y acomodar la realidad histórica según el interés y los postulados del historiador; hay, quiérase o no, una verdad dada que condiciona al sujeto cognoscente así como al propio presente de éste; esa verdad cogida de las penumbras del pasado es la verdad del historiador, que sólo adquirirá validez para el medio en que él vive cuando haya demostrado que toda su labor ha sido guiada “por el principio de la honestidad profesional”; precisamente en este principio reside la objetividad de la historia¹⁷.

Alberto Edwards si no explicitó de manera amplia la serie de cuestio-

¹⁶MARROU, H. *De la Connaissance Historique*. p. 84.

¹⁷MARROU, H. ob. cit. p. 163.

nes que hemos considerado anteriormente, parece cierto, en cambio, que se hizo problema de los inconvenientes que implican el conocer histórico; sus escritos llevan el sello de un espíritu profundamente preocupado de los fundamentos de la ciencia histórica; sus juicios que hemos citado nos lo demuestran.

Adquirió una formación humanística sólida y universal, de ello da cuenta la problematicidad que se percibe en sus obras y lo sugerente que resulta su exposición; aplicó un método como instrumento de trabajo que se adecuó maravillosamente a su mente inclinada a resolver por analogía y comparación; su comprensión del proceso político chileno fue posible ya por el conocimiento de la propia realidad como por el entendimiento de hechos similares observados en otros ambientes. Si postuló a dar categoría de ciencia a la historia, y si teóricamente se planteó el propósito de conocer los hechos tal como habían acontecido, no es menos cierto que no adormeció su personalidad de historiador al ir al pasado; la singularidad de su obra nos habla bien de que ella, por sobre todo, es más producto del espíritu de un ser inteligente que del esfuerzo de una voluntad.

II. ALCANCE DE SU PREOCUPACIÓN HISTÓRICA

A. Presentación

● Nos preguntamos en el presente apartado por los aspectos de la historia que nuestro autor estudió con especial atención, por los temas históricos que constituyeron su preocupación preferente y por los matices en que su personalidad de historiador se desdobló con el propósito de comprender y explicar la realidad histórica.

Para determinar el alcance que tiene la temática que queremos desarrollar aquí, podemos estampar una pregunta que sintetiza de modo integral la problemática con que vamos a cubrir el pensamiento de A. Edwards y al respondernos en forma concreta, formular un postulado que reclamamos válido para nuestro autor. ¿Qué es la historia como realidad?, contestamos sin más diciendo que ella es, por sobre todo, la vida; pues bien, si la preocupación del historiador debe ser aquello que es el objetivo de su tarea, ella residirá en encontrar la vida; pero ¿qué vida?, la vida humana y más concreto, el hombre que hace la historia y sus manifestaciones que la forman.

Está fuera de toda duda que A. Edwards mostró particular predilección por conocer, así a los hombres de su presente, como a los hombres del pasado; a aquéllos, en el trato diario, en la vida política y social, en las experiencias de su propio mundo; a éstos, con el cuidadoso registro de los documentos. Así quiere decírnoslo cuando da cuenta de las "Memorias" de don A. Cifuentes y las compara con los "Recuerdos Literarios" de don

Victorino Lastarria, que le mereció un comentario muy favorable, provocándole verdadero entusiasmo.

Ambos —anota— son igualmente rígidos como doctrinarios; pero mientras el uno planea en el mundo de los libros y las ideas cosmopolitas el otro vive entre los hombres, las cosas de su tiempo y de su tierra, sin perder tampoco de vista el faro de luz superior que alumbra su camino... Los personajes de Lastarria podrían ser definidos por la famosa expresión de Taine: "marionetas filosóficas". Los personajes de Cifuentes son en cambio, de carne y hueso, se les conoce con sus pasiones, sus apetitos, sus debilidades y no sólo por lo que pensaron o dijeron que pensaban. El Sr. Cifuentes no hace retrato al estilo clásico del género. Procede más bien como los grandes dramaturgos; el carácter de cada personaje va resultando de su actuación, de sus dichos y de sus hechos. Prefiere los acontecimientos en forma que como se dice vulgarmente, ahorra comentarios"¹⁸.

Pero el conocimiento del hombre, en un sentido integral, cobra validez más bien como postulado teórico; otra cosa resulta cuando se va al pasado, con plena conciencia, para explicarse la realidad histórica, y esto, porque es condición en la historia, que opera a base de abstracciones, de construcciones idealizadas, que nunca logre mostrar la vida en plenitud. Sabemos que el hombre es una unidad irreductible a comportamientos, a parcelas definidas y como tal está mostrándose plenamente en cada momento en que toma decisiones que modelan los acontecimientos; si el hombre es unidad lo producido por ese hombre —en cuanto historia— debe tener igualmente la condición de unidad; la historia es una en su realidad, pero varía como conciencia, como conocimiento; descompuesta y parcelada por obra del sujeto cognoscente que, sólo así, creemos, puede llegar con probabilidades a una fiel recreación del pasado. Es, precisamente desde éste ángulo, como debemos presentar a A. Edwards; ver en qué medida hubo en él conciencia de ir al pasado a buscar la vida y cómo superó la dificultad de representarse a ésta en un sentido amplio.

No se le escapaba que tal intención es en demasía compleja, difícil de conseguir, imposible diríamos porque excede en mucho la capacidad del hombre que nunca podrá saber todo, y porque para conocer, el historiador debe acomodar el pasado, la vida de ese pasado a las exigencias del presente y a las inclinaciones de su propio yo.

Así, si amó la historia de Chile y trató de comprender al hombre no se le escapó que esa historia debía entenderla.

¹⁸EDWARDS, A. *Algunos recuerdos de don Abdón Cifuentes*. pp. 172-3.

No como un simple estudio de curiosidad erudita, sino como una alta lección de experiencia social y política¹⁹.

He aquí formulado un pensamiento que nos da a conocer los matices en que se desdobló su personalidad de historiador: su preocupación preferente es la sociedad vista como

un organismo vivo, complejo y por tanto profundamente diferenciado por obra de un largo proceso evolutivo, como los animales superiores, y no una agrupación voluntaria de células libres e iguales²⁰.

Pero la sociedad es una abstracción, es conformación ideal, construcción esquemática de una realidad profunda y compleja: las situaciones sociales y políticas que fijan el carácter de la historia; son estas realidades precisamente las que preocupan en forma particular a nuestro autor. Revisar la serie de los títulos de su producción literaria es como dar con los motivos históricos que le atraen; en "Bosquejo histórico de los Partidos Políticos Chilenos", "Organización Política de Chile", "La Fronda Aristocrática", etc. se sintetiza de modo claro el propósito de su tarea de historiador: la historia política y, en tal grado, que a él le cabe por antonomasia el título de historiador de la política chilena.

Mas, si los temas políticos constituyen su preocupación preferente, no por eso dejó de tener plena conciencia de que era necesario estudiar la evolución política nacional dentro

de las peculiaridades de nuestra estructura social²¹.

dentro del marco, donde aquellos hechos han ocurrido, en su propia circunstancia; así se explica que sus historias políticas no sean meras anotaciones de principios y postulados de partidos sino esencialmente historia donde, a la vez que se quiere comprender los hechos políticos, se busca también la explicación de otros problemas del suceder.

En estos estudios —dice— he prescindido deliberadamente de analizar los programas escritos de los partidos, ni las reformas de carácter jurídico o constitucional, propuestas o realizadas en la República "en forma". Estimo que este orden de hechos ha ocupado en nuestra historia un sitio excesivo en relación a su importancia real. Tales programas e

¹⁹*Ibidem*, p. 170.

²⁰EDWARDS, A. *El sistema corporativo y la democracia*. H. 14-x-1928.

²¹EDWARDS, A. *Los Partidos en el Porvenir*. M. 26-VIII-1928.

ideologías no suelen ser sino el reflejo literario o legal de revoluciones sociales mucho más hondas. Debemos considerarlas más bien como efectos que como causas²².

y en otra parte agregaba

no son las leyes escritas las que principalmente determinan el régimen político, como los juristas se inclinan a pensarlo. Los hábitos, las disciplinas sociales, las tradiciones históricas, son fuerzas mucho más poderosas que los códigos²³.

B. Discusión

● De la presentación de las ideas de A. Edwards, se desprende que los problemas históricos que le merecieron su particular consideración son fundamentalmente los políticos comprendidos dentro de una estructura social.

Ahondando más en su pensamiento y a poco que se esclarece su concepción de la historia nacional se llega a distinguir aún en esa preocupación por la política un aspecto bien definido que nos habla de su interés identificado con un grupo social que políticamente ha constituido —según él— el sujeto de la historia de Chile; esta idea que asoma más nítida en la Fronda pretende postular una definición del desarrollo político de Chile, entendido como una lucha entre el espíritu de fronda de la aristocracia y el sistema portaliano de gobierno autoritario, dentro del "Estado en forma". Así, podemos sintetizar su pensamiento al respecto distinguiendo en primer lugar una preocupación política y luego un interés identificador con un grupo social que llama aristocracia y que, opina, ha sido el sujeto de la historia política chilena.

¿Resiste esta construcción histórica a una comparación con el esquema de trabajo amplio de un historiador? Veamos: Ya decíamos páginas atrás que la historia es la ciencia de la vida; quien quiera explicarse la historia debe conocer ante todo la vida y sólo conoce a ésta, quien conoce el presente pudiendo decirse que es desde el presente de donde sale toda la historia, pues es él quien posibilita la experiencia base del conocimiento de la vida²⁴. Con razón Zubiri reclamaba que "la historia como ciencia es mucho más ciencia del presente que ciencia del pasado"²⁵ y es así, porque es desde el presente del historiador donde se originan los problemas que quiere conocer circunstanciados por la preocupación intelectual y la

²²EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática*, p. 166.

²³EDWARDS, A. *El fracaso del régimen Parlamentario*, M. 19-VIII-1928.

²⁴MARAVALL, A. *Teoría del saber histórico*, p. 169.

²⁵ZUBIRI, X. *Naturaleza Historia Dios*, p. 142.

actitud cultural de la época y en tal grado que el saber histórico está condicionado por el presente con lo que lo hace ser relativo y provisorio, válido sólo para su tiempo.

Si es la preocupación intelectual del presente lo que condiciona el saber histórico y el saber histórico es siempre saber de un pasado, quiere decir que la representación del pasado es en cuanto nos preocupa el saber del presente; la relación es de perfecta dependencia y diríamos que opera de un modo directamente proporcional; a una mayor y mejor conciencia ante una situación concreta y específica del presente corresponde un mayor saber histórico de materias que explican aquella situación. Esta relación es la que explica el por qué hay en ciertos períodos de la historia unos problemas que preocupan más que otros y en cambio en otros períodos esos mismos problemas desaparecen de la consideración del historiador. Tenemos un ejemplo para aclarar lo que venimos diciendo: el problema histórico de la Inquisición. Si recorremos la producción historiográfica de —nos atrevemos a afirmar— todo lo que va corrido el siglo no hay una sola obra —entre nosotros—, que se haya escrito teniendo como tema particular aquella institución; en cambio el hombre del siglo pasado se hizo problema de la Inquisición, quiso explicársela con su propia visión del mundo. ¿Por qué no nos preocupa en el momento presente? no podría alegarse falta de documentación ni bibliografía complementaria; hoy sin duda, estamos en mejores condiciones para estudiar ese aspecto de la historia americana y universal; sólo que no se produce la conciencia que incite al historiador a entusiasmarse con ese problema del pasado. Este hombre vive preocupado de otras materias, las políticas y sociales, y motivado por esa su inquietud del hoy va al pasado a rastrear allí las posibles explicaciones de la situación que le toca a él vivir.

Pero, no nos alejemos de nuestro discurrir sobre la relación presente —pasado y retomemos la discusión. Decíamos que la historia en últimas instancias resulta de la preocupación por los problemas del presente y que ella es expresión de la inquietud cultural de quién conoce; esto nos lleva a decir que el presente siempre está abierto a nuevas sugerencias que brotan del presente y en tal forma que “cada ampliación o ahonde de la cultura ampliará y profundizará también el entendimiento y el afán del saber histórico”²⁶.

Esto es tan evidente que no puede ni siquiera discutirse: sin duda alguna las historias de hoy son mucho más completas que las del pasado; ¡qué lejos nos encontramos de las listas genealógicas, de los relatos de hechos gloriosos de los antepasados, de las narraciones legendarias o de las historias de hechos militares, con listas intermedias de batallas con que antaño se resumía los estudios de historia; la entrada de la filosofía en

²⁶HUIZINGA, J. *El estado actual de la ciencia histórica*. p. 42.

la historia le ha dado los recursos necesarios para ir a buscar en el pasado la inteligencia lógica de los acontecimientos, el sentido de la vida, la explicación posible del desarrollo de la cultura.

La historia es resultado del despliegue cultural del historiador, y la cultura como la vida es unidad; de acuerdo con este enunciado debe entenderse por despliegue cultural la suma o totalidad de conocimientos humanos que debe transportar el historiador cuando va al pasado, esto es, posibilidad de enfrentamiento de dos unidades, íntegras, pasado y presente, en igualdad de condiciones, y complementarias, único medio de conocimiento verdadero y amplio. Por ello siempre el historiador más universal estará en mejores condiciones de recrearse los problemas históricos que aquél que cuenta con un respaldo de saber limitado, restringido como ocurre con la especialización exagerada; muchas veces un hecho puede explicarse más acabadamente haciendo uso de conocimientos de otras materias que del mero conocimiento del hecho en sí: lo ideal sería que el historiador contase con ese saber universal, especialista de todas las especialidades. ¿Por qué?

El hombre cuando actúa y forja la historia no lo hace desdoblándose, distinguiendo lo político de lo económico, lo religioso de lo social; actúa sólo y ni más ni menos que como hombre y como tal nos lo entregan los testimonios; es el historiador quien lo descompone en esos aspectos llevado por su interés histórico e impuesto por el presente. "Los campos —dice Meyer— sobre los que se proyecte en mayor medida este interés dependerán de la orientación del tiempo en que vivimos: unas veces se destaca este aspecto y otras veces aquél, la historia política, religiosa, económica, la literatura y el arte, etc."²⁷.

A A. Edwards le preocupó sobre todo lo político y se identificó con un grupo social, guiado por una situación del presente: la modificación sustancial de los elementos sociales que sirvieron de base a la organización política de Chile.

Aceptemos que haya en demasía, ponderado la participación de la aristocracia en la vida pública nacional, desconociendo la de otros grupos sociales, pero lo cierto es que para su preocupación historiográfica, "la historia política será siempre el centro de la historia, mientras no cambie radicalmente la esencia de la vida del hombre"²⁸.

III. COMO TRASCIENDE LOS LÍMITES DE LA HISTORIA NACIONAL

A. Presentación

- Producto del sentimiento nacionalista que animó a las sociedades en el

²⁷MEYER, J. ob. cit. p. 34.

²⁸Ibidem, p. 36.

siglo pasado, y su consecuencia, la formación de las naciones, surgió en el siglo XIX una forma historiográfica que se apartó de los moldes tradicionales de concebir la historia según estructuras supranacionales. El culto a la nación trajo consigo al apareamiento de las historias patrias que pretendían explicar el pasado de los pueblos en sí mismos, desvinculados de una ambientación universal: se quiso buscar la inteligencia de la historia allí donde no hay inteligibilidad.

En los países hispanoamericanos este sentimiento se vio reforzado por las consecuencias que tuvo el movimiento de emancipación y la lucha por la independencia; como una reacción al pasado se quiso romper con la historia, con la tradición, en un intento por negar la personalidad cultural de América, que bajo las formas hispánicas no era otra cosa que espíritu latino, mundo cristiano occidental, definido en la unidad: origen, desarrollo y destinos semejantes; surgieron así también las historias nacionales y el postulado de la antítesis de que entre nosotros da buen testimonio la obra toda de José V. Lastarria.

Sin embargo, y a pesar de que la conciencia del historiador se forjó toda una concepción particularista para "hacer historia", muy a menudo el pasado irrumpía en el presente dando trastes a esa concepción; ello explica que Barros Arana haya hecho historia americana, superando —el primero— los límites de la historia nacional y traicionándose a sí mismo tal vez llevado por la materia histórica que se impuso a su criterio de historiador. A medida que pasan los años, e insensiblemente, los historiadores van tomando conciencia de que hay una realidad más profunda y compleja que la que se observa en el escenario de la historia patria, que ésta no tiene explicación desde sus propios límites, fijados éstos cuando ya había acontecido mucha historia y que era necesario comprenderla desde un ángulo más amplio: a las historias nacionales sucederán las historia-metrópolis para finalmente llegar al entendimiento de la Historia de América con la aplicación del método de filiación con sus variantes de adopción y adaptación que creemos es, en los actuales momentos, el que mejor posibilita el conocimiento de nuestro pasado²⁹.

Nos preguntamos en este párrafo por el modo como A. Edwards superó los límites de la historia nacional y el grado en que hubo en él conciencia de ambientar la Historia de Chile con una teoría de pensamiento que en sus líneas generales es válida para una realidad que no sea sólo la nuestra.

Al hablar de su método histórico y afirmar que trabajaba por analogía y comparación, adelantábamos ya algo al respecto; sin embargo entenderíamos mal el problema si quisiéramos identificar analogía y comparación

²⁹El método de filiación se halla bien desarrollado en Verlinden: "Le problème de la continuité en l'histoire coloniale". Los estudios de Griffin, Arciniegas, O'Gorman, que hemos anotado en la bibliografía, también tocan este problema al plantearse la realidad histórica de América.

con "ambientación universal" que es lo que queremos presentar aquí; por tal entendemos la formulación por nuestro autor de una problemática que como caja de resonancia, subsumida en su ser, está apareciéndose en cada momento en que toma contacto con el pasado y le permite comprender la materia que tiene entre manos como hechos de un orden superior; importa poco aquí si sus afirmaciones tienen o no alcance universal, de si sean válidas o no para nosotros, lo que interesa es ver esa problemática.

Preguntándose por la raigambre histórica de la situación política que toca a los países hispanoamericanos y contestando a aquéllos que alegaban que el mal de América residía en su juventud, nuestro autor argumentaba:

Por muchos años hemos repetido en clase de indiscutible aforismo, un concepto que a lo menos merece alguna revisión. Se dice que estas Repúblicas hispanoamericanas son "países nuevos" y que a su inexperiencia como tales debemos atribuir sus desventuras y turbulencias...

¿no somos acaso españoles trasladados al suelo de América? ¿Por qué nos habría rejuvenecido el viaje? ¿Es que son nuevas nuestras creencias, nuestras ideas y formas sociales, nuestras artes, nuestra psicología misma? ¿Nos sentimos espiritualmente más jóvenes que los españoles europeos? ¿Existe algún síntoma que revele en nosotros una raza, un pueblo que comienza a vivir las primeras y balbuceantes etapas de una civilización en la infancia?... los fenómenos que presenciamos en la vieja monarquía europea durante el siglo XIX son de naturaleza análoga a la que atribuimos aquí a nuestra pretendida juventud³⁰.

Hay en estas afirmaciones reconocimiento del entronque y filiación de los problemas políticos hispanoamericanos con los de la madre patria; no podía entenderlos de otra manera; la historia para él es de una perfecta continuidad y los hechos mismos hallan su verdadera explicación en la propia historia. Así no es de extrañar que haya querido explicarse los fundamentos de la nacionalidad chilena partiendo desde España y haya buscado, en la caracterización de los grupos sociales peninsulares, respuestas a muchas situaciones concretas que observaba en nuestro medio. La historia política de Chile, si bien la iniciaba cronológicamente en 1810, cobra en su sistema una prolongación que va más allá de la fecha indicada porque la problemática con la que la ambienta se remonta hondamente en

³⁰EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática*. pp. 90-91.

el pasado, que resulta de la caracterización de la sociedad chilena según unos antecedentes que ubica fuera de los márgenes de nuestro territorio.

Pero, no hace sólo consideraciones a la historia de España, traídas al presente más bien para explicar unos orígenes y posterior desarrollo; también se hace problema de las repercusiones que tienen en Chile los movimientos políticos y sociales que han ocurrido en el resto de Europa, con lo que quiere demostrar que nuestra historia no es más que parte, y no la más complicada, de la única historia: la universal. Muy a menudo, al hacer analogía y para definir nuestra evolución social, la compara con el desarrollo que han experimentado otras sociedades y es allí cuando asoman en él el conocimiento y tratamiento serio de la historia europea y universal.

La gran contienda —dice— entre las viejas cartas feudales y el mundo nuevo del capitalismo y de la industria que agitó a Europa durante la primera mitad del siglo XIX, no pudo reproducirse en Chile; el problema estaba aquí resuelto... no tuvimos en Chile una clase media con orientaciones propias, en el sentido europeo y clásico de la expresión, sino el conjunto de los menos afortunados dentro de las mismas actividades de la clase dirigente³¹

juicios como éstos abundan en las páginas de la Fronda, lo mismo en los artículos escritos entre 1928 y 1930; los títulos de algunos de ellos nos ilustran bien al respecto, sobre todo los contenidos en la serie "Problemas Políticos de Actualidad" que, como "La crisis política de nuestro tiempo", "El fracaso del régimen parlamentario", "Los partidos en el porvenir"; "El caso de Francia", etc., son testimonios elocuentes de su entendimiento de las corrientes ideológicas europeas que luego concreta en la situación chilena. El uso frecuente de expresiones de tono comparativo como "así como en París", "así como los partidos políticos ingleses", es otra manifestación de la forma cómo se eleva por sobre las consideraciones de la historia patria y tanto quiere comprender el proceso de ésta en un plano universal como reclamar la singularidad y personalidad de la historia política del Chile republicano. Si la historia universal ilumina la historia regional no explica sin embargo la totalidad de ésta, aun cuando puede observarse casi una perfecta identidad entre ellas; de todos modos el conocimiento de aquélla es de vital importancia para reconocer situaciones específicas que creemos singulares, pero que, en verdad, ya se han dado en forma parecida en otros medios.

Lo que he llamado la Fronda Aristocrática, es decir, la lucha

³¹*Ibidem*, p. 25.

casí constantemente pacífica de nuestra oligarquía burguesa y feudal contra el poder absoluto de los Presidentes, lucha que se inició en 1849 y tuvo su definitivo desenlace en 1891, es un fenómeno idéntico al que en Europa transformó, sobre todo a partir de 1848, la antigua Monarquía de Derecho divino en gobiernos parlamentarios dominados por la plutocracia burguesa³².

B. Discusión

● Afirmábamos en el comienzo de este apartado que la historia en el siglo XIX había sido fundamentalmente historia política e historia nacional; el presente condicionando al pasado como conocimiento, de tal modo que a una realidad determinada convenía una representación del pretérito que en su lineamiento general correspondía a la visión que del mundo tenía el hombre en esos momentos. Si el siglo XIX había contemplado el surgimiento y desarrollo de los Estados nacionales con todas las consecuencias que tal hecho implicaba: fijación de fronteras, guerras internacionales, etc., lógicamente que la historia que en ese entonces se escribió debía pretender la reafirmación del principio nacional concurriendo a la explicación del pasado histórico desde un ángulo localista a la vez que justificando una situación de presente.

Hoy, en cambio, superado el nacionalismo por buena parte de la sociedad, reconocida la realidad histórica que vivimos que no es otra que la unidad física del mundo con tendencia aún a una unificación de tipo cultural; absorbidos los compartimientos patrios por unidades supranacionales nacidas al compás de la integración de pueblos de que dan buena prueba los mercados regionales, se hace necesario reclamar para la historia como conocimiento los mismos horizontes que adquiere como realidad. En las actuales circunstancias nada permite seguir manteniendo el punto de vista regionalista para comprender la historia; muy por el contrario, todo aboga por la concepción universalista de ella pues responde mejor al sentir de las colectividades, a un mundo que se ha empequeñecido por el obrar de la técnica, de la cultura³³.

Ahora bien, A. Edwards vivió en un tiempo histórico que podríamos calificar como de transición; palidecían las naciones y se vislumbraba el nacimiento de estructuras más amplias; a la preocupación por los problemas políticos, había de suceder la atención por los hechos sociales; a las historias puramente nacionales debía reemplazarla aquella historia que pretende el reconocimiento de las sociedades como sujetos inteligibles³⁴.

³²*Ibidem*, p. 301.

³³FUETER, E. *Historia de la Historiografía Moderna*. II, p. 282.

³⁴Entre nosotros tal idea aún no cuaja del todo; a pesar del enorme esfuerzo desplegado por don Fco. A. Encina y otros, para modificar toda una concepción de la historia, es poco lo

Es desde esa su situación peculiar que debemos discutir las ideas de nuestro autor; pero criticar el valor y alcance que tienen las historias patrias implica, forzosamente, considerar la historia universal.

Estamos pues, frente a dos conceptos que se nos presentan aparentemente como antinomias: nación y universo que, como dos realidades, postulan constituirse en sujetos de la historia y, por tanto, centro vital de conocimiento histórico, inteligible, cierto y válido. Veamos si en ambos ello es posible.

Universo como sujeto de la historia dice tanto como la humanidad; nación como sujeto de la historia quiere decir fracción de la humanidad cohesionada en un vivir identificado con ideales y sentimientos comunes, una en sí y distinta de las otras. Hay en lo anterior un todo y una parte, un desarrollo y una respuesta; en fin dos realidades que a poco que se las conoce se descubre que una es más realidad que otra en cuanto que una es producto de la otra, condición condicionada de una condición condicionante. ¿Qué queremos sugerir con esto?, una verdad simple; la nación resulta ser menos realidad y por lo mismo no puede ser la historia; ella ha devenido por la historia, producida por ella; llegada a ser y cobrada realidad después, en y por la historia, constituyendo sólo una parte del curso del suceder, y aparecida en un momento tardío, que no se explica por sí misma sino en cuanto forma parte de un todo. El conocimiento de una realidad incompleta debe ser igualmente incompleto; su inteligencia es sólo parcial y el conocimiento histórico que de ella se desprende sólo alcanzará el nivel de la verdadera comprensión cuando se la conforme en una realidad comprensible: Así, la historia de Chile sólo toma sentido dentro de un marco inteligible, "crecedero" en complicancias e implicancias; la historia americana y la historia de la cristiandad occidental³⁵. Lo que hoy es la nacionalidad chilena ayer fue realidad americana: por tanto devenida y llegada a ser en la realidad americana y por ella en cuanto que formaba parte de la monarquía hispana entendida como unidad y no de un modo parcelado e independiente; la escisión política de manera alguna rompió plenamente esa unidad de origen y desarrollo: hubo es cierto una diferenciación pero que no tocó lo sustancial, fue más bien de forma y de aspiración no siempre cumplida. Pero la historia americana tampoco es inteligible en sí misma, ella cobró personalidad por comunicación de lo

que se ha avanzado al respecto. De esto podrá concluirse cuál era la situación real que A. Edwards debió superar.

³⁵El nacionalismo ha sido el gran obstáculo que ha impedido comprender la historia americana integrada en una unidad; pesa también, en algunos países, la corriente indigenista que pretende desconocer la vinculación a Europa, para reconocer sólo lo autóctono. Peligrosa es igualmente la interpretación que de la historia americana hace Germán Arciniegas que nos habla de las "cuatro américas". Históricamente no hay más que la América y las diferencias que en ella se observan sólo son de forma. En este sentido es luminoso el artículo de F. Morales P. que indicamos en la bibliografía.

européico y a través de un proceso de mestizaje en que las formas de vida autóctonas fueron "asumidas" por las formas culturales traídas por los hombres de Europa, y a la vez que América llegó a ser parte de la sociedad cristiana occidental sirvió de instancia para que ésta pudiese realizarse en plenitud³⁶.

Según esto ¿es acaso la Humanidad la única realidad de la historia? todo parece contestar afirmativamente; pero otra cosa resulta cuando se plantea la humanidad como sujeto de conocimiento histórico; el propósito de aprehender la humanidad con una estructura de pensamiento no pasa de ser pura utopía y el afán del historiador se limita al tratamiento de ciertos aspectos del acontecer o a las historia de las culturas que, la mayoría de las veces, quedan en el propósito. La humanidad en el mejor de los casos se reduce a parcelar diferenciadas, las culturas de Spengler o las sociedades de Toynbee y en ella se radica la inteligibilidad de la historia, mas sabemos que tales construcciones son también imperfectas porque son incompletas.

Si ni la humanidad ni la nación parecen ser sujetos de conocimiento histórico posible, quiere decir esto que la tarea del historiador debe quedar en el puro propósito; de ninguna manera, ambas pueden constituirse en verdaderos sujetos de conocimiento histórico si la pretensión del historiador persigue por sobre todo la comprensión, y se entienden tanto humanidad y nación no en un sentido lato. Cuando hablamos de la historia de la humanidad queremos decir comprensión de cada hecho histórico, ubicado dentro de una estructura social de naturaleza complicada que por actitud del pensamiento es recreada de acuerdo a una problemática de validez universal. Cuando hablamos de las historias regionales exigimos tanto como incorporación de esa historia por disposición espiritual del historiador al curso de la historia universal donde adquieren la verdadera resonancia y validez que es propio de la ciencia que se caracteriza sobre todo por su universalidad. "Toda investigación, todo trabajo de historia, por muy reducido y detallado que él sea, tiene necesariamente como fundamento y como meta, aunque no se lo proponga, la historia universal"³⁷.

A. Edwards no contó con la experiencia que hemos vivido nosotros: el desarrollo progresivo de la integración de pueblos a unidades supra nacionales; pero, de la exposición de sus ideas se desprende que hubo en él constante preocupación por ir más allá de los límites de la historia nacional. ¿De dónde arranca esta inquietud? creemos que resulta ya de su formación de historiador, con las lecturas de los mejores y más modernos tratadistas de su tiempo como de la materia que trabajó. Ya Portales había dicho que "somos los ingleses de América del Sur"; si se recorre la historia

³⁶O'GORMAN, E. *La Invención de América*. II parte. La invención histórica, pp. 79-99.

³⁷MEYER, E. ob. cit. p. 32.

de Chile, particularmente la política, se comprenderá que si no somos ciertamente como los ingleses somos los menos americanos de los países de raigambre hispana. Esta evidencia la tuvo muy presente nuestro autor, nada más lógico entonces que él tratara de ayudarse con el entendimiento de la evolución política del pueblo inglés y otros europeos para explicarse nuestra propia evolución: así, su obra principal, la *Fronda Aristocrática* no es difícil incorporarla a la historia universal porque hay allí un planteamiento teórico que en líneas generales guarda consonancia con el devenir mismo de la humanidad.

IV. NIVEL DE COMPRENSIÓN

A. *Presentación*

● En lo que va corrido de nuestra argumentación hemos creído demostrar que A. Edwards empleó el método analógico, que mostró preferente preocupación por los problemas políticos y que concibió la historia nacional con una visión amplia, incorporándola por disposición de su espíritu al curso de la historia universal; su método y el modo cómo pretendió conocer la realidad histórica chilena nos abren el camino para analizarlo conforme a lo que entendemos por nivel de comprensión.

En varias ocasiones hemos ya tocado, de alguna manera, lo que ahora nos preocupa de modo especial, particularmente cuando nos hemos referido al conocimiento histórico y al dar cuenta de la forma cómo opera el presente circunstando el entendimiento del pasado; pero cuando hablábamos por allí de conocimiento y comprensión lo usábamos como conceptos sinónimos sin establecer distinción entre uno y otro; aquí, en cambio, queremos distinguir entre ellos una graduación que permita dar al término comprensión un matiz o sello peculiar, de tal manera que sea posible reconocer que el conocimiento histórico funciona evidentemente en torno a la comprensión; es decir, todo conocimiento histórico que quiera ser certero debe ser comprensivo. De allí que fijar el nivel en que A. Edwards comprendió el pasado es de vital importancia cuando se le desea caracterizarlo como historiador.

Al revés de lo que sucede con los otros temas en que hemos presentado las ideas de A. Edwards, nos encontramos en este apartado con una mayor explicitación teórica de su función de historiador, de tal modo que bien podemos mostrarlo como en dos planos, según lo explicamos: es posible ponderar el nivel de comprensión que alcanza un historiador a través de sus juicios históricos, mediante el análisis de las afirmaciones que le merece el pasado y ver en qué medida llega a ser inteligible para nosotros su visión de la realidad histórica. Todo historiador en mayor o menor grado emite juicios de la materia histórica que considera y que responden al modo como comprendió el pretérito impulsado por las exigencias de su

presente; es lo que propiamente se denomina conciencia histórica. Pero hay también la conciencia del historiador que se nos aparece cuando éste quiere expresar su propia reflexión de la historia para aclarar un propósito, que puede ser exposición de un método, forma como ha llegado al conocimiento o sencillamente para discutir alguna premisa o postulado que se relacionan con su función.

Ambas cosas es posible observar en A. Edwards, en lo que respecta a este párrafo; así su conciencia de historiador le lleva a decir que

En este modesto bosquejo he procurado no formular juicios sobre los sentimientos e ideas del pasado, sino, exponerlos, tal como los comprendo. Creo que fue Catón quien dijo que nada había más triste para un anciano que el verse juzgado por hombres de otro siglo... sería pretensión exagerada levantarnos sobre el pedestal de nuestro fatigado escepticismo de hoy, para someter a juicio las creencias de nuestros abuelos o de nuestros padres, sean inquisidores del siglo XVI o liberales del siglo XIX. Sabemos sí, que ésta, nuestra alma, es la continuación en el tiempo de la que ellos tuvieron, aunque haya envejecido y se encuentre más gastada y desnuda de ideales³⁸.

¿Qué otra cosa puede hacerse cuando se escribe historia sino dar a conocer el pasado tal como se ha comprendido? hemos hecho ya varias disgresiones anteriores donde hemos creído demostrar la parte de sincera subjetividad que anima la tarea histórica; A. Edwards no desconocía este hecho que como verdad incuestionable se impone al historiador y aceptada hoy como normal y lógica. La vida que respira toda obra histórica no es vida que proviene de un pasado muerto, es vitalidad que le insufla el sujeto cognoscente, es espíritu de éste que, transmitido por conceptos, cobra animación por virtud del lector, sujeto igualmente activo; y esto porque

la historia es la crónica vista a través del temperamento y las creencias de quien la escribe; por eso es difícil evitar que aún la simple exposición de los hechos, sobre todo cuando son del orden espiritual, no se tiña inconscientemente con los colores de un juzgamiento. Con frecuencia el hombre de idea traiciona al cronista. Puede que en el curso de estos estudios, haya sido yo algunas veces víctima de aventuras de este género. Me atrevo a confiar en que el bondadoso lector

³⁸EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática*, pp. 13-14.

perdone tales deslices involuntarios en gracia de la sinceridad de la intención³⁹.

Pero si es el espíritu del historiador lo que anima la historia y la obra refleja el modo de ser de éste, su temperamento y su carácter, no por ello quien conoce tiene libertad para buscar en el pasado el argumento para condenar o ensalzar e interpretar los hechos históricos de acuerdo a una aviesa posición de partido y de escuela, juzgando los acontecimientos sociales bajo consideraciones éticas que forzosamente llevan al embanderamiento; la historia exige compostura, ponderación de sí mismo y respeto al lector, ella

desciende de su alto solio, cuando se hace el eco de las pasiones e intereses que lucharon en el pasado. No ha de ver sólo héroes de un lado, ni ambiciones vulgares del otro. Debe colocarse más arriba⁴⁰.

A la historia no le cabe el emplazamiento moral, ella es por sobre todo experiencia social y política, maestra de la vida, fuente de sabiduría y lección para el presente a objeto de no volver a caer en los errores cometidos; por ello es deber del historiador mostrar al lector el desarrollo histórico de los pueblos en sus grandes lineamientos, que enseñe los momentos más llamativos del pasado y que, más que conocimiento, permita la comprensión del hombre y la sociedad:

mi propósito no es recordar en detalle los accidentes de estas grandes transformaciones históricas, sino presentarlas en sus líneas generales de conjunto, y tratando de comprenderlas en su realidad de fondo, pero no de juzgarlos⁴¹.

Hasta aquí su conciencia reflexiva de historiador. Cabría preguntarse si lo que pensó en cuanto desempeñaba una función específica como era la de historiador, se cumplía al ir al pasado con el propósito de comprender esa realidad. Quien lea a A. Edwards concluirá que es uno de nuestros historiadores más intuitivos y que su explicación de la historia política de Chile resulta ser sugerente y personalísima como es la expresión de una peculiar estructura mental. Su comprensión del pasado diríamos que está condicionada por su concepción de la historia y en cuanto se preocupa de los problemas políticos, estos se ven a su vez circunstanciados por su

³⁹*Ibidem*.

⁴⁰*Ibidem*. p. 194.

⁴¹*Ibidem*, p. 141.

propia idea de la política; por lo tanto, conceptos biologicistas, decadentes y fatalistas, de una parte, y aristocráticos, de otra, se ven reflejados en las materias históricas que trató. De lo primero da buen testimonio el juicio que a continuación transcribimos:

No interesa a la alta historia el detalle de los sucesos, el desenlace pacífico o brutal de las evoluciones sociales. Aun la Revolución Francesa puede considerarse como un accidente. Con ella o sin ella se habría producido en Europa el triunfo del espíritu y de las formas burguesas. En Chile, sin la desesperada resistencia de Balmaceda y sin la guerra civil de 1891, la oligarquía de todos modos habría también triunfado de la vieja política autoritaria⁴².

Lo segundo se demuestra por su atenta y diligente preocupación por ponderar el papel que le ha cabido a la aristocracia en la vida política nacional, pudiendo decirse que comprendió al espíritu que animaba a los patricios en un grado tal que se explica sólo por la feliz ecuación de objeto y sujeto; pero esta comprensión tuvo su consiguiente incompreensión; nunca justificó la entrada del pueblo en la vida social, lo consideraba sólo un elemento disociador, de retraso y pérdida de los ideales de la nacionalidad; con su pretensión de llegar a la igualdad y democracia.

Ha surgido en el seno de las sociedades civilizadas el proletariado, es decir, el pueblo, desprovisto de los sentimientos hereditarios y tradicionales de la cultura y que no obedece ya, como los burgueses mismos, sino a instintos materialistas de goce y dominación. El odio y la envidia toman el sitio de las antiguas creencias y de los respetos históricos; el alma social va a perecer, como en Roma, hacia la época del desquiciamiento de la república⁴³.

B. Discusión

● Resumiendo las ideas de A. Edwards sobre el particular, diremos que quiso explicar la historia tal como la comprendiera, que no aceptaba en el historiador la emisión de juicios éticos acerca de los sentimientos de los hombres de antaño, que la historia debería mostrar el lineamiento general del desarrollo histórico de los pueblos sin detenerse en demasía en los accidentes y que si la historia está teñida con el temperamento del histo-

⁴²*Ibidem*, p. 195.

⁴³*Ibidem*, p. 307.

riador, este a su vez, debería estar guiado por un postulado o una estructura de pensamiento donde anidan la sinceridad y el deseo de verdad, que comprendió el proceso de la historia de Chile como la descomposición paulatina del alma nacional, en que el pueblo entraba a ocupar el papel que antes estuviera reservado a la aristocracia: su comprensión es limitada en cuanto es aristocratizante con escasa sensibilidad social, de allí que desconozca la trascendencia que puedan tener otros grupos sociales. Con esto adelantamos, ya que su comprensión es parcial, unilateral y que, por lo mismo, su visión de la historia muestra un vacío que es expresión de su personalidad que apetece sólo lo tradicional. Porque, comprensión dice tanto como conocimiento integral, inteligente e inteligible, cuantitativo y cualitativo a la vez; no ya la aprehensión del hecho y de algunos hechos, con desconocimiento de otros, sino el entendimiento de la vida, que es la historia.

La comprensión sólo se hace posible cuando se dan algunos antecedentes que la condicionan: experiencia del presente, conocimiento de sí mismo, de los hombres y de la vida; disposición espiritual de quien conoce para darse a los otros hombres haciendo uso de la simpatía y de la amistad: sólo contando con este respaldo creemos puede llegarse al conocimiento aproximado de la realidad que preocupa.

Ya hemos dicho que la historia no es reproducción ni reconstrucción total del pasado; es interpretación de los hechos que conducen a una comprensión de la vida tanto del pasado como del presente y ¿cómo se llega a la comprensión?, la pregunta dice tanto como responder por la forma cómo se conoce históricamente aunque distinguiendo el matiz diferenciador con que hemos caracterizado a la comprensión. La historia es siempre conocimiento del pasado, mas de un pasado que no nos llega directamente sino que en forma mediata, por medio de las huellas que el hombre ha dejado; nuestro elemento inmediato del pasado mediato es el documento entendido en su acepción amplia y sólo adquirimos saber de ese pasado en cuanto tratamos al testimonio⁴⁴. Pero el uso que puede hacerse de ese testimonio varía entre los historiadores; los positivistas, por ejemplo, dominados por la idea de objetividad, se colocaban ante el testimonio con disposición de duda, de desconfianza, diríamos que ellos querían llegar por sobre todo a un conocimiento perfecto; en cambio, el historiador que implícita o explícitamente acepta la subjetividad, muestra confianza y afecto por su testimonio y no tanto postula llegar a un conocimiento como a una comprensión. Pero no es solamente el trato comprensivo del documento lo que permite un mejor conocimiento, sino que debe seguirse igual comportamiento con el hombre que está detrás del testimonio mediante un adentrarse en el pasado, saliéndose de sí mismo,

⁴⁴MARROU, H. ob. cit. p. 81.

acercarse con simpatía hacia el hombre que quiere aprehenderse y entenderlo en sus afectos, sus emociones, en su sentir, en sus emociones, etc. En este sentido Marrou nos da luminosas indicaciones⁴⁵; nos dice que comprender el pasado no difiere mucho de la comprensión del hoy y que dialogar con el documento no es diferente de la conversación que entablamos cuando queremos darnos a entender y a la vez comprender a nuestros contemporáneos. Tanto en la conversación como en el diálogo hay un proceso de complementación que resulta del juego de preguntas y respuestas que llevan al entendimiento o, hablamos porque nos entendemos y nos entendemos porque los conceptos que usamos tienen para nosotros un significado semejante ¿Hay diferencia notoria entre la conversación con el hoy y el diálogo con el ayer?

Pero, agrega Marrou, la comprensión es proporcional al grado de efectividad que hay entre dos seres, por ello el mejor conocimiento de dos hombres proviene precisamente cuando entra en juego la simpatía que es fuente y condición de aquél y que en su grado más avanzado, la amistad, es el nervio de toda comprensión histórica. Esto explica que A. Edwards mostrando particular simpatía por la aristocracia, haya comprendido de modo tan perfecto los ideales de este grupo social y que por el contrario no animándolo ninguna inclinación afectiva por el pueblo, haya sentido por él el más olímpico menosprecio. ¿Cuántas veces han quedado en el vacío períodos enteros de la historia que no han sido comprendidos por el historiador y se les cree sin sentido, un sin razón?. No es que ese pasado haya carecido de sentido, lo que ocurre es que no hay un cerebro que lo haya hecho inteligible porque ha fallado o faltado el tratamiento afectivo de esa realidad; cuando se haga presente un historiador con especial disposición espiritual para comprenderlo sólo entonces ese pasado cobrará inteligencia; esto mismo explica que pueda hablarse de historias feas e historias bonitas, que en el fondo no es más que ficción; toda historia que comprende el pasado, coge la vida y, ¿hay algo más emocionante y bello que conocer el desarrollo de la vida?

Sin embargo, el uso de la simpatía no puede hacerse —idealmente— de un modo restringido, es necesario darle relieves de universalidad en un doble sentido, dirigido al hombre en su amplia acepción y también como expresión de un medio, tal vez el más eficaz de conocimiento que aspira estar respaldado con el principio de la verdad; sólo así se hace compatible el postulado de la ciencia y la subjetividad.

¿Se percibe en los escritos de A. Edwards un nivel de comprensión aceptable?. Para contestar esta pregunta es necesario hacer hincapié en algo que ya muy de pasada hemos insinuado. Él no miró a la sociedad chilena en un sentido horizontal sino que vertical, separando entre lo que

⁴⁵*Ibidem*, pp. 86-87.

era elemento eficiente y elemento instrumental. Su mente operaba a base de estructuras distinguiendo categorías sociológicas en las que en forma estratificada aparecían unos compartimientos sirviendo de soporte a otros, todo lo cual constituía un conjunto armónico —la sociedad— por efecto de la deferencia de los menos a los más.

Ahora bien, si aplicamos a su pensamiento los conceptos de simpatía y amistad y queremos ver el alcance que en él tienen, indudablemente que no se hallará verdadera proyección de ellos si quiere englobarse a la sociedad como totalidad; tales ideas cobran validez para su pensamiento sólo cuando se refieren a un grupo de la sociedad —la aristocracia— que para él es el sujeto de la historia política de Chile y con la cual se identificaba; por ello su comprensión es limitada, parcial; muestra un gran vacío porque parte de la sociedad, el pueblo, quedó incomprendido.

Pero si se pregunta por el grado cómo comprendió a la aristocracia, fácil resulta responder que llegó a alturas insospechadas; parece que toda la simpatía que animaba en su espíritu, la volcó hacia el motivo de su preocupación histórica, hasta el punto de decirse que hablar de Edwards como historiador de la política de Chile, es hablar del sentimiento tradicionalista y aristocratizante. En cambio no comprendió en su hondo significado las profundas transformaciones sociales que se operaban y el papel que habría de corresponderle al pueblo; no comprendió a este porque no le era simpático y su desdén por el pueblo resulta de la incomprensión que proviene de la antipatía; existiendo antipatía no hay diálogo, si no hay diálogo no hay historia; así la historia de Chile es la historia de la aristocracia.

Su comprensión, diríamos, es de una parte de la vida, de aquella vida que se ajusta a su temperamento, a su modo de ser; más allá se ve sólo incomprensión.

V. CÓMO EXPLICA EL SUCEDER HISTÓRICO

A. *Presentación*

● El hombre se halla en la historia en situación de tránsito, ubicado entre el pasado y el futuro; verdadero puente que une dos momentos del tiempo y que, al seguir su trayectoria, participando del devenir de la historia, llega a ser tiempo; enraizado en el pretérito y proyectado en lo por venir el hombre confiere sentido a la historia. Pero esta noción no es sentida por todos los hombres que viven en un momento histórico; esa realidad tan profunda y consustancial al hombre, que es la historia, no es comprendida por todos los seres que conviven en un determinado presente: toca a los historiadores conocerla y el modo cómo la comunican a sus contemporáneos es lo que constituye la explicación del suceder.

Nada parece más fácil que encontrar las razones del suceder: el tiempo

es irreversible y, mirado desde el presente, el pasado se nos aparece como obligado soporte de nosotros mismos así como en nuestro aquí y nuestro ahora está la razón del futuro; la historia, asemejándose al curso de un río, parece encontrar explicación en su propio devenir, cada momento parece ser efecto de un antecedente, derivado y llegado a ser por éste, a la vez que posibilitando la existencia del momento que le continúa; en fin, todo parece indicar que los hechos históricos —que en su conjunto constituyen el suceder (sucesión de sucesos)— son resultado de un juego de causa y efecto, un producto y un producido, un antecedente y un consecuente. Pero la idea de causa nos trae inmediatamente la idea de ciencia y ciencia dice tanto como naturaleza; ¿será acaso éste el suceder histórico?; hoy sabemos que el concepto de hombre como naturaleza ha sido desplazado para dar paso a la idea de hombre como historia; mas esto vale más bien para nosotros que sabemos que no pueden identificarse ambos conceptos y otra cosa ocurre cuando nos encontramos con un pensador que ha vivido dominado por la idea de ciencia.

Ya hemos dicho que A. Edwards participó conscientemente y en forma declarada de la idea de naturaleza, y hemos dicho también que tuvo un concepto biologista de la historia, por tanto el modo como explica el pasado debe estar moldeado por tales ideas. Si definiéramos los caracteres más llamativos de una tal categoría de pensador diríamos que, por sobre todo, las ideas de causa y de ley asoman en ellos con harta frecuencia, a la vez que consideran a las sociedades, donde se subsume la individualidad de los hombres, como sujetos de la historia. Así también los conceptos que más utilizan para explicar el suceder son los de desarrollo y evolución entendidos como sinónimos. Si a esto agregamos que nuestro autor tuvo un concepto fatalista de la historia, comprenderemos de modo claro cuál fue su visión de ella y el núcleo de pensamiento que lo acompañó en la explicación del pasado. Veamos algunas de sus opiniones.

Los sucesos históricos —dice— tienen significado espiritual, se derivan, como sucede también como las más insignificantes acciones de los individuos, de algo material y pensante, de un alma que vive y se transforma⁴⁶.

Dos ideas cardinales de su pensamiento se vislumbran en el párrafo citado, una que nos dice que por sobre todo la historia es espíritu y otra que indica que la sociedad —sujeto de la historia— como el hombre, es un proceso continuo que va desde una iniciación hasta un momento final en que por necesaria fatalidad debe morir, como todo lo que posee vida. La historia en su curso es como un retrato de la vida de los hombres y si el

⁴⁶EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática*. p.13.

alma del hombre deviene, lo mismo le ocurre a las sociedades, anquilosándose por pérdida del ideal que las ha animado en sus etapas de crecimiento y virilidad. Ante este espectáculo que se ofrece al historiador, éste no tiene otra expectativa que mirar los acontecimientos y explicarlos según la estructura interna que poseen; la sociedad es un organismo vivo en donde cada célula desempeña una función determinada.

Sé que me acusan de fatalismo. Alguien ha dicho que en este trabajo estuve siempre por el hecho consumado. Dudo que el historiador pueda hacer otra cosa. ¿Sabe alguien distinguir, con entera precisión, lo que hay de Fisiológico y lo que hay de Patológico en los acontecimientos humanos?⁴⁷.

De acuerdo con esta concepción, hay en el devenir de los pueblos una fuerza irresistible que, como imperativo de sus existencias, los conduce a un desenlace inevitable que ninguna voluntad humana puede cambiar; la marcha de la historia es indetenible y arrolla a cuantos quieren oponerse a su paso: indefectiblemente cuanto haya tenido vigencia dejará de ser, reemplazado por formas nuevas que las circunstancias del momento exigen.

No existen ni han existido jamás en el mundo instituciones eternas; tarde o temprano, todas hacen su época. La República Romana no fue menos sabia y robusta que la Monarquía inglesa; pero estaba destinada a morir, como todo lo que tiene vida⁴⁸.

En este sistema de pensamiento cada hecho histórico halla su exacta y justa explicación en la historia misma, como si todos los acontecimientos estuviesen entrelazados al modo como lo están los anillos de una cadena; nada es imprevisto, nada es accidente, todo es lógico; así los hechos parecen desprenderse de sus necesarios antecedentes y cobran realidad por impulso de una fuerza incontenible cuando han completado su desarrollo normal.

En historia sólo aparentemente los grandes efectos provienen de pequeñas causas (y) los accidentes, y tales suelen ser las más brillantes victorias militares, no tuercen el curso fatal de la historia⁴⁹.

⁴⁷*Ibidem*, p. 310.

⁴⁸EDWARDS, A. *El fracaso del régimen parlamentario*. M. 19-VIII-1928.

⁴⁹EDWARDS, A. *La Fronda Aristocrática*. p. 110.

Así

la revolución de 1891, como conflicto armado, fue un hecho accidental: el cambio que ella trajo, de todas maneras se habría producido... Balmaceda vencedor no habría detenido el curso de la historia, como no la detuvo don Manuel Montt, después de Cerro Grande⁵⁰.

En su construcción no se hace distinción de lo individual y lo social de los hechos históricos: la única realidad que cuenta es la sociedad y en ella se ubica el hombre en una adecuada estructura social que equivale a decir jerarquía y gradación; las ideas de libertad y de contingencia no aparecen en parte alguna, en cambio los conceptos de determinismo y de regularidad asoman con frecuencia. El hombre cuenta escasamente o nada —privado de su libertad o inmerso en la historia como mero espectador. La historia así se convierte en sociología dinámica y ya no se habla de “acontecimientos sociales” como “acaecimientos de la sociedad”.

A pesar de todo el genio de Carlyle, nunca pude aceptar, sino a título de brillante paradoja, su teoría de que la humanidad sólo ha marchado al impulso de unos pocos hombres superiores. El caso de don Diego Portales es, sin embargo, uno de aquéllos que aparentemente confirman la atrevida tesis del filósofo británico⁵¹.

B. Discusión

● La historia es siempre ciencia del pasado, pero pasado que no por ser tal deja de ser en un simple ya no es, sino que sigue existiendo potencialmente, permaneciendo en una posibilidad de ser aún; así el historiador, como todo ser, está vinculado vitalmente al pretérito del mismo modo como el hombre está unido a su nacimiento y a los múltiples accidentes de su vida, en cuanto —como diría Berdiaev— “todo el pasado nos pertenece”.

Es ese pasado que le llega a él y aún proyectado más allá de su tiempo, lo que trata de explicar el historiador; explicación que debería buscar la raíz profunda de los hechos así como cuando en nuestra vida sentimos necesidad de explicar nuestro comportamiento. Nada es más difícil que explicarse el suceder histórico, porque los hechos que lo constituyen son efecto de una realidad difícilmente manejable, compleja, posible de conocer cuando nos quedan los medios materiales en el mejor de los casos y, en otros, perdida para siempre. Pero toda explicación debería pretender ser

⁵⁰*Ibidem*, pp. 178 y 195.

⁵¹*Ibidem*, p. 50.

exactamente lo que la palabra quiere indicar: no la pura narración ni el sólo referir sino ante todo un aclarar, que exige un previo discutir; no la indicación del cuándo y dónde sino el porqué.

Si nos preguntamos por la medida en que A. Edwards muestra el porqué de los hechos, diremos que éstos no aparecen explicados con toda la rigurosidad que sería de esperar. ¿Por qué? creemos debido a su concepto de la historia. Decíamos antes que se trata de un pensador que ubicamos perfectamente dentro de la corriente biologista de la historia y como tal el suceder es explicado de acuerdo a los postulados de la ciencia: aceptación de la idea de causa y ley aplicada a la historia. Ahora bien, aceptar la idea de causa dice tanto como buscar la lógica y regular conexión que debe existir imperiosamente entre los acontecimientos, que más que acontecimientos, en verdad, vendrían a ser acaecimientos; relación entre un hecho y otro, dependencia, antecedente y consecuencia; aceptar la idea de ley implica reconocer la regularidad en que ocurren los sucesos, a una situación dada deviene otra situación como algo obligado. Esta construcción ideológica explica el que A. Edwards haya podido afirmar —por ejemplo— que el sistema parlamentario de gobierno era incompatible con la psicología de los pueblos latinos, y más aún, esto mismo le permite adelantarse a la historia emitiendo juicios sobre hechos que aún no habían ocurrido, prediciendo el porvenir, aunque alega que la historia “no ha sido ni será nunca ciencia profética”, pero que tarde o temprano habrían de ocurrir; si el Parlamentarismo había dejado de ser en Italia, lo lógico era que en nuestro país sucediera lo mismo: los pueblos pasaban por unas semejantes circunstancias y las instituciones debían guardar relación con la estructura de la sociedad.

La historia toma entonces el carácter de perfecto desarrollo, los hechos históricos no son tanto acontecimientos o sucesos realizados por el hombre, sino más bien acaecimientos en el sentido de que es algo que le ocurre al hombre, sin presencia real por un planeamiento o proyectar de un sujeto pensante, sino que aparecidos por imposición de una fuerza superior que se apoya en la sociedad más que en el hombre considerado como individuo: la historia de este modo es mero desarrollo que se explica por sí misma. La historia es desde siempre, y en el primer hombre está contenida toda la historia, en el pasado está el presente y en el presente el futuro; al hombre como individualidad no le cabe más que comportarse como simple espectador pasivo de un espectáculo que debe saber sobrellevar; la historia aprisiona al hombre y lo arrastra en su curso torrentoso, en su devenir constante y persistente; la historia es la sociedad, “organismo viviente”, allí está inmerso el hombre, privado de su libertad, viviendo lo que vive la sociedad.

Si en el pasado está contenido el presente, conocer el pasado es conocer el hoy y aún adelantar el porvenir; por eso la historia es maestra de la vida, en cuanto da la experiencia para no volver a caer en los errores del pasado

y superar las dificultades del presente: basta el recuerdo de los hechos para hallar la solución de nuestros propios problemas. Pero al mismo tiempo la historia tiene mucho de actualización y ya no tan sólo el hoy está contenido en el ayer, sino que el pasado llegó igualmente al presente; esto explica que encontremos en su obra los reencuentros —mejor que hablar de renacimiento—, porque “aún cuando la historia no se repite nunca exactamente de la misma manera”, se observan en ella situaciones semejantes que posibilitan la aparición de realidades afines siendo distintas las circunstancias; así Portales reencontró el sistema Monárquico Colonial; algo parecido pensó cuando en su tiempo Ibáñez restauró el gobierno autoritario que en su opinión no era resultado de un acto de creación sino de “volver a encontrar”.

¿Es su explicación del suceder histórico verdadero y valedera?, no podemos discutir aquí si su explicación es verdadera a falsa; puede que para nosotros no resulte del todo convincente, pero no dudamos que para su tiempo pudo haber tenido aceptación; es cosa de perspectiva, de visión del mundo. No discutimos tampoco la idea de causa en la historia; tal concepto es propio de las ciencias naturales y bien sabemos que la historia como conocimiento se ha desarrollado al compás del avance de aquella ciencia; por lo demás hallamos en la historia la secuencia de los hechos y a la vez que se explican a sí mismos, uno lleva al conocimiento del otro y todos forman la historia. Tampoco discutimos la idea de ley; si no hay leyes de la historia hay sí en ella la regularidad, porque los hombres como los hechos están ubicados en una estructura donde se observa la relación, un orden y no individuos libres e independientes.

Pero esto no significa aceptar el determinismo como lo profesa A. Edwards; la historia resulta del actuar libre y voluntario del hombre, manifestación de un “hacer de poder” de éste como dice Zubiri; y esto porque la historia es siempre actualización de posibilidades que están en el hombre. El hombre a lo menos que se parece es a un autómatas; se nos presenta como un ente activo que en cada momento está tomando decisiones, corriendo el riesgo que implica el enfrentarse a las cosas y dominarlas; el hombre es proyecto, hace y lo que hace —como ser inteligente aplicado a la naturaleza— es lo que constituye la cultura, la historia. Pues bien, los hechos que resultan de este hacer no se nos presentan como una simple secuencia de uno a otro, sino en la forma de una doble tensión, tensión hacia el pasado y el presente con lo que cobran conexión, implicándose entre ellos; de este modo los hechos adquieren validez por sí mismos y en cuanto el todo que es la historia, entendiéndolo sí que el todo es más que la suma de las partes, su sentido lo confiere la totalidad. Si los hechos están conectados entre sí y se implican mutuamente, comprenderlos significa estudiarlos en sí mismos y en la totalidad; es la única manera de superar el estudio de los hechos según su importancia como proponía

Meyer y evitar que sea el historiador quien desde el presente reparta importancia en el pasado.

Así, explicar el suceder equivale a mostrar la implicación de los hechos históricos y a exponer el grado de complicación de ellos.

Conclusión

Hemos llegado al final de nuestro discurrir sobre un pensador que, a decir verdad, a medida que lo hemos ido meditando, analizando y sintetizando, mayores luces nos entrega. Qué podemos decir al poner término a nuestro diálogos con A. Edwards sino que el presente trabajo no ha quedado más que en su propósito y que media gran distancia entre el planteamiento problemático y la respuesta que era menester dar; pero, si fallida la empresa, queda la sincera intención que nos ha guiado y como tal debería tomarse: valga el empeño.

Sin embargo, es necesario que concluyamos nuestra argumentación al modo cómo lo habíamos prometido; partimos con una interrogante y es hora que ésta tenga respuesta que en sí es como el "mea culpa", que encierra un yo acuso y un me acuso: comprometida situación que nos exige definimos a nosotros mismos. ¿Qué respuesta debemos dar a la pregunta de es A. Edwards historiador?, en trance de dar un veredicto, recapitulemos.

En la introducción colocábamos la serie de cuestiones que debía poseer quien pretendiese llegar a adquirir el título de historiador y forjábamos un tipo ideal de historiador que como paradigma nos sirve de punto de apoyo en una comparación con un caso concreto. Repetiremos aquí lo que enunciamos más atrás, nadie podrá cumplir acabadamente con todas ellas, unos aciertan en este aspecto y otros en aquél, pero nunca completamente; por otra parte la medición de un historiador la hace un lector que indudablemente, es parte interesada, la opinión que resulta de un enjuiciamiento es siempre personal y entre los factores que la condicionan cuenta particularmente el de la afinidad mental. Pero de todos modos, tanto al historiador como al lector implica el cumplir ciertas exigencias mínimas; al primero, entre otras, la sincera intención de recrearse el pasado más o menos fidedignamente, de modo que pueda llevar la comprensión a los demás; al segundo, muy especialmente el respeto por la opinión ajena.

Las cuestiones que propusimos para analizar a nuestro autor se ubican en dos planos, uno que dice relación al modo cómo el historiador llega al pasado y conforma la idea de la historia; otro que se refiere a la forma cómo entrega esa idea. Veamos cómo nuestro autor ha respondido a lo primero.

Empezaremos por descartar toda duda acerca de su gusto por la histo-

ria, *diríamos que fue un enamorado de Clío*; en más de una ocasión nos dice que ha amado la Historia de Chile como “enseñanza de alta experiencia social y política”, es ese entusiasmo lo que lo mueve a ir una y otra vez al pasado con el ánimo dispuesto y ligero, a entresacar de los testimonios la comprensión del pasado y el presente. Sólo el trabajo de las fuentes, la conexión inmediata de lo mediato, permite al sujeto congoscente vibrar *con los hechos históricos* y en este sentido también es indudable que A. Edwards bebió en los documentos de primera mano; es cierto que su entendimiento de lo que es el testimonio histórico no tiene el alcance que hoy le damos; trabajó casi exclusivamente con documentos escritos restando importancia a otros restos que como indelebles rastros del hombre sirven para conocerlos; pero, a decir verdad, no se le escapaba que era *necesario estudiar* cuanto testimonio existiese que pudiera dar algún indicio del suceder; así quiere decírnoslo cuando afirmaba que “es un estudio interesante y que se descuida demasiado el del folklore histórico. Los movimientos sociales que perciben más claramente en esa literatura de segunda mano, de origen popular o semipopular, que refleja con crudeza primitiva los sentimientos de la clase media y del vulgo mismo, *que no en las producciones de la aristocracia intelectual*”.

Parece a simple vista que en todos sus escritos hay algo así como desdén por el dato, por la fijación precisa de los sucesos; es opinión que nace de una visión apresurada y ligera; adentrándose más en su trabajo surge el convencimiento íntimo de que efectivamente hay allí, no sólo comprensión del pasado, sino que también conocimiento de la historia; es que el hecho y el dato en su construcción quedan absorbidos por la inteligencia general del proceso, elevados elegantemente a alturas insospechadas, con lo que su explicación de la historia resulta ser altamente sugerente, y aún cuando no siempre sea considerada como lo más cercano a la realidad, con todo su dialéctica es convincente. Los hechos no constituyen en sus historias motivo principal de la exposición; en el escenario aparecen por sobre todo las ideas y el dato sólo ocupa lugar accesorio que, si bien soporta a aquéllas, mantiene su jerarquía. ¿Exagerada intuición?, tal vez; pero más se pecará por poquedad que por exceso, especialmente cuando se entiende que la historia es espíritu como lo cree nuestro autor. O es que ¿no será que estamos aun dominados por el tradicional criterio de amontonar hechos y más hechos?, algo de ello hay. La intuición y la filosofía en historia no pueden descartar lo primario y más fundamental de la ciencia histórica, la investigación; ambas posibilitan la comprensión del hombre de otro tiempo entendido como que efectivamente este hombre es de otro tiempo. Así las historias de A. Edwards son por sobre todo la filosofía del hombre, el actuar de éste, cobrada realidad en el suceder aún cuando reconozcamos que este hombre está inmerso en la sociedad.

Su método ¿fue el más apropiado para comprender la historia de Chile?, descartemos la idea de que éste pueda ser usado con todo el rigor

que parece exigir; la historia se nos aparece como expresión de un proceso de creación por una personalidad singular y caracterizada más que como resultado de una técnica; la historia y diríamos todo conocimiento, opera por analogía; especialmente cuando se cree que el pasado que se quiere conocer es algo comunicable, cuyo antecedente se halla en una realidad más profunda. Sabía nuestro autor que la historia política de Chile es repercusión de situaciones que han ocurrido en otros ambientes, de tal idea deriva el convencimiento de que la materia que trató de comprender podía conocerla por analogía y comparación. El uso de tal método le lleva a remontarse más allá de los puros límites de la historia nacional, buscando la explicación profunda, ambientando nuestro pasado según una teoría general del pensamiento que en sus fundamentos es válido para el mundo occidental. "No es pues, ocioso —dice—, sino al contrario utilísimo, mirar un poco más allá de nuestras fronteras el espectáculo de los cambios que se producen". Sólo de este modo creía, es posible adentrarse con éxito en la honda realidad dada y sólo así el tratamiento de los problemas políticos chilenos puede adquirir validez no sólo regional, sino que ese pasado se implica y se incorpora al curso de la historia universal.

Pero si trató de entender nuestra historia ambientada con una problemática universal, su comprensión de ella, en cambio, resulta ser unilateral, parcial, restringida, pues simpatizando con un grupo social, volcó todo su entusiasmo para explicarse la participación que la aristocracia ha tenido en la vida pública nacional, desconociendo la que han podido desempeñar otros elementos; la historia se reducía al estudio del alma de las sociedades, concebida como una estructura en la que ocupaba un lugar preponderante la aristocracia, que, en el fondo, venía a ser el sujeto de la historia; explicada así, la historia no era más que la comprensión de ese sujeto; tal vez su explicación tenga alcance verdadero para las primeras décadas del siglo XIX, en que parece ser cierta la existencia en nuestro país de una estructura social simple con una clase dirigente y otra obsequiosa y deferente a la anterior, abajo. Pero ya no lo es tanto para la segunda parte del siglo pasado y de ninguna manera aceptable para los primeros años de este siglo, cuando la entrada del pueblo aparece como una realidad indiscutible.

El hombre, en su concepción, pierde individualidad, sumido en la sociedad que se impone a aquél ineludiblemente; negada su condición de ser libre desaparece la idea de proyecto y la historia no es más que un mero desarrollo; los hechos históricos no resultan de la doble tensión que implica el pasado y el futuro, ellos son acaecimientos; la historia de este modo es movimiento de estructuras, dinámica social; las cosas vienen al hombre y no es éste quien va a ellas, imponiéndose a ellas, moldeándolas con su capacidad creadora. De todo esto, resulta que la historia pierde emoción, deja de ser tragedia porque se sabe de antemano cuál ha de ser el

desenlace; desde el hoy puede adivinarse el mañana y conociendo el ayer comprenderemos el hoy; falta allí el suspenso y lo que es más, el sentimiento de lo humano, aún cuando no el de humanidad.

Hasta aquí lo que respecta a su trabajo de enfrentamiento con el pasado; pero hemos dicho que la tarea del historiador no termina con la conformación de una idea de la historia; es necesario que la visión que se formó del pretérito la entregue al lector para que la historia se proyecte en éste y adquiera su definitiva expresión. El historiador llega al lector a través de la obra histórica y entrega sus ideas por medio de conceptos humanos y culturales que constituyen el resorte del contacto entre ambos; surge así un nuevo diálogo de la historia que en sí no difiere mucho de la conversación del hoy y del ayer, mas guarda un matiz peculiar. Mientras los conceptos que se usan en la comunicación verbal del hoy, refieren una situación en forma directa, los del historiador lo hacen de modo reflejo: es el mismo sujeto cognocente quien coloca las palabras en boca del hombre del pasado que, si en verdad, casi siempre han sido usados en el pretérito, otros, en cambio, sólo son propios del lenguaje de la época en que vive el historiador; así como hay conceptos reales, que responden adecuadamente a la realidad que refieren, otros son sólo ideales por cuanto se trata de aplicar palabras que proceden de un presente distinto del momento histórico que se explica y no usado por el hombre que vivió en ese momento.

Pero creemos que no es la determinación de la idealidad o realidad de ellos lo que más interesa; la conceptualización histórica debe considerarse como el medio que tiene el autor para darse a entender y a la vez dar a comprender el pasado, por cuanto en esas palabras se contiene la vida histórica simbolizada y la mejor conceptualización será aquella que permite al lector representarse al hombre, a una situación, al suceder histórico.

A. Edwards ha utilizado conceptos reales, el de la democracia, por ejemplo, que fue utilizado por el hombre a quien se historia y con el cual éste definió toda una concepción de la política; pero además nuestro autor usó conceptos ideales, su expresión "Estado en Forma" para citar uno, que no responden a ninguna realidad observada en el acontecer referido, sino que es inspiración del presente y aun más de un pensador foráneo. Sin embargo, si ponemos en la balanza los dos tipos de conceptos que hemos indicado: democracia y "Estado en Forma", el primero real y el segundo ideal, es indudable que éste nos dice mucho más, es más esclarecedor, da ambiente, define mejor el pasado y, con él, la mente del lector se recrea toda una teoría del poder, de la organización de la república portaliana, para el caso concreto a que se refiere A. Edwards y que aún puede proyectarse hasta nuestro días mediante la comparación. Todo depende de cómo el historiador ubique en el relato el concepto preciso y a decir verdad nuestro autor en este sentido sentó cátedra; es que tenía ideas claras, definidas y lo que también había meditado lo entregaba con facili-

dad: la claridad del pensamiento permite la diafanidad en el decir y en el comunicar.

¿Logró dar a su obra alturas artísticas?; sin lugar a dudas la historia en él supera la construcción puramente científica; ella se nos aparece, por sobre todo, como resultado de un espíritu creador y como tal llega a ser solaz y consuelo del alma para quien busca en el pasado la recreación y el saber. Sus historias sin perder el grado académico y la ponderación de la ciencia, no se quedan en la gravedad que buscan aquellos historiadores que creen que sólo puede llegarse a un conocimiento definitivo del pasado, pretendiendo seriedad, que —piensan— se consigue con un lenguaje seco, frío, muerto como se imaginan que es el pasado. A nuestro autor le calza adecuadamente lo que dijera Vapereau cuando hablaba de las condiciones literarias que debía distinguir a la obra histórica: “en cuanto al estilo de la historia, sus cualidades principales son la sencillez, la claridad, una rapidez sin detención ni arrebatos, un calor sin brillo, pero continuo, el acento de sinceridad simpática de un hombre que se interesa en sus relatos, que no declama ni alega, que expone y explica más, que fustiga o elogia y que sin esclavizar los hechos a puntos de vista morales o consoladores, no permanece indiferente a los demasiado raros tiempos de la conciencia y de la razón”.

En fin, si colocásemos en una balanza los méritos y deméritos de A. Edwards como sujeto pensante que se dedicó a la historia, fácilmente ésta se inclinaría por aquel lado donde se ubican los méritos. Es un historiador ciertamente, aunque no perfecto, que no lo hay; nuestra afirmación, aún cuando no lo apoyamos con irrefutables pruebas documentales, reclama cobrar validez porque proviene de un íntimo convencimiento nacido luego de un prolongado contacto y permanente diálogo con A. Edwards, y en tal grado que bien podemos decir que lo tenemos por nuestro amigo; pero no es respuesta a la amistad por lo que hemos dado nuestro veredicto favorable: allá se alza su probado amor por la historia, su conocimiento de la historia; su preocupación por la problemática de la ciencia a que dedicó sus mejores afanes; en fin, su concepto mismo de la historia. Allí están sus obras históricas que son más producto de un ser inteligente y creador que del esfuerzo de una voluntad; y sobre todo allí está su pensamiento, manteniéndose en el tiempo, superando al tiempo, invitando al estudioso a conocerlo, a comprenderlo; sugerente, enjundioso, asequible, rendido a quien intente penetrarlo. Nosotros lo intentamos, pero nos asalta la duda acaso lo hayamos cogido plenamente.